

Mary Midgley

**¿PODEMOS FORMULAR  
JUICIOS MORALES?**

**Traducción de Pepa Linares**

Alianza Editorial

Título original: *Can't We Make Moral Judgements?*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Mary Midgley, 1991, 2017

© de la traducción: Pepa Linares, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-409-2

Depósito Legal: M. 273-2019

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	13
1. ¿ES POSIBLE BASAR LA LIBERTAD EN LA IGNORANCIA? .....	15
La paradoja .....	15
Escepticismo altruista .....	17
Los problemas de la falsa universalidad .....	18
Los problemas de la postura extraterrestre .....	22
2. EL PUNTO DE PARTIDA .....	25
Despleguemos el mapa .....	25
Los reformadores indignados .....	26
¿Son amoralistas moralistas? .....	27
Los antecedentes: importancia de la libertad .....	27
Ordenar los temas morales .....	30
La neutralidad de los ejemplos .....	31
3. LAS CAUSAS DE LA PROBLEMATIZACIÓN DEL PENSAMIENTO .....	33
El escepticismo y la búsqueda de seguridades .....	33
El problema del fundamento .....	34

El problema de la seguridad .....	35
¿Qué es lo «científico»? .....	36
Muchos tipos de conocimiento .....	37
¿Dónde entraría la moral? .....	38
¿Cómo decidimos cuando se trata de hechos? .....	39
Lo que es el juicio .....	40
4. ESCEPTICISMO Y LIBERTAD .....	43
La posibilidad de la impostura escéptica .....	43
Las aplicaciones asimétricas revelan una universalidad falsa .....	44
Castigo, crueldad e indignación .....	46
Nuevas direcciones .....	47
5. ¿POR QUÉ NO PODEMOS INTERFERIR? .....	49
Libertad exterior y libertad interior .....	49
La tiranía de la costumbre .....	51
La delimitación de la esfera privada .....	52
¿Por qué importa la libertad? .....	54
6. EL MIEDO A LA SOCIEDAD .....	57
Los dramas de la confrontación .....	57
La conservación de la compañía .....	59
Los usos de la tradición .....	61
¿Qué es la sociedad? .....	62
7. EL LADO PÚBLICO DE LA MORALIDAD .....	65
Lo que la moralidad es .....	65
La función social de la conciencia privada .....	67
Libertad y educación .....	68
Originalidad y continuidad .....	69
8. LOS INDIVIDUOS EN EL CRISOL DE CULTURAS MODERNO ...	71
La escalera mecánica progresiva .....	71
El progreso y la ciencia .....	73
Masas solitarias .....	74
A sociedad nueva, individuo nuevo .....	76
El problema generacional .....	77
El factor americano .....	78
El precio de la libertad .....	79
El olvido de la biosfera .....	80

9. INDIVIDUALISMO, SOLEDAD Y VIDA PRIVADA .....	83
La exaltación de la independencia .....	83
Extremos del individualismo .....	85
Individualismo moderado, esfera pública y esfera privada .....	86
La intimidad de puertas adentro .....	87
10. MORALIDAD Y PERJUICIO .....	89
La intimidad de una persona, el criterio del perjuicio a los demás .....	89
El perjuicio a uno mismo .....	90
El perjuicio a los demás .....	91
Niños y otros .....	92
¿Qué tipo de vida, qué tipo de perjuicio? .....	94
Conclusión: la importancia de la vida en común .....	96
11. UNA REVISIÓN DEL RELATIVISMO .....	99
El problema de las costumbres que chocan entre sí .....	99
La sacralidad de la costumbre .....	100
Conformidad y moda .....	101
Símbolo y significado .....	102
Pluralidad y tolerancia .....	104
El relativismo simple .....	105
El relativismo escéptico .....	106
El modelo imperialista .....	107
Un juicio no es una interferencia .....	108
El uso del escepticismo limitado .....	109
12. ¿HASTA DÓNDE LLEGA UNA CULTURA? .....	111
¿Pueden juzgarnos los demás? .....	111
Las culturas no son monolíticas .....	112
¿Quién es forastero? .....	114
La unidad en lo profundo .....	115
Las fuentes del mito monolítico .....	117
Antropología .....	117
Relatos ficticios .....	118
Conclusión: usos y limitaciones del relativismo .....	120
13. VERSIONES DEL SUBJETIVISMO .....	123
Modelos: el sonido de las trompetas .....	123
El creador solitario .....	125

El problema de la validez privada .....	127
Dijo la sartén al cazo... ..	128
Autoridad e independencia .....	129
¿Pueden moralizar los subjetivistas? .....	130
Las situaciones excepcionales y el dilema burgués .....	133
El signo de los tiempos .....	135
14. EL PROBLEMA DE LA VALIDEZ PRIVADA .....	139
¿Han desaparecido las obligaciones? .....	139
Teoría y práctica .....	141
Agrupar y separar .....	142
Hay que elegir .....	144
No juzguemos y no seremos juzgados .....	145
15. EL EGOÍSMO SOCIAL DARWINIANO .....	147
El dilema americano: Ayn Rand .....	147
¿Moral o no moral? .....	150
La fe en la supervivencia de los mejor adaptados .....	151
El carácter elusivo del subjetivismo .....	152
¿Aislamiento heroico o terapéutico? .....	152
¿Es solo una cuestión de prioridades? .....	155
¿Hay alguien que esté bien? .....	155
16. AVANZAR POR EL MUNDO MODERNO .....	157
Lo que todavía podemos ver .....	157
Procesos de fragmentación .....	159
El efecto en la política .....	160
17. DUDAS, RAZONABLES O NO .....	161
Los problemas de la certeza .....	161
El experimento de Descartes .....	162
La duda necesita dirección .....	164
La duda irracional .....	164
Hechos y valores .....	165
El problema de los niveles .....	166
Emotivismo .....	167
La importancia de los grados .....	168
El problema del hipotético refutador .....	169
La necesidad del compromiso .....	170

18. ¿Y LOS VALORES? .....	171
Vayamos al contexto .....	171
¿Cuál es la seguridad que necesitamos? .....	173
El significado de la diversidad moral .....	174
¿Qué hacemos con el conflicto? .....	176
El lugar de los sentimientos .....	176
La finalidad de la explicación .....	177
Los problemas emocionales son auténticos .....	178
¿Qué explicación? .....	179
Verdades enteras y verdades a medias .....	180
19. DE VUELTA A LA PREGUNTA PRINCIPAL .....	183
La argumentación moral contra la moral .....	183
La opción celestial .....	184
Opciones terrenales: otra especie, otras soluciones .....	186
¿En qué se diferencian los humanos? .....	187
Sobre el hecho de tener un pasado y un futuro .....	188
Percepciones del corazón .....	189
Problemas de culpa .....	190
¿Necesitan la continuidad los seres humanos? .....	191
20. ¿CUÁNTO HA CAMBIADO EL PANORAMA? .....	195
¿Son nuevos los dilemas morales? .....	195
Los extremos son engañosos .....	196
Dilemas morales y tragedia .....	198
Dilemas más antiguos .....	200
¿Es un lujo la metafísica? .....	202
Post scriptum .....	204
NOTAS .....	207
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	215





## INTRODUCCIÓN

Este librito aborda ciertas dificultades que, en la actualidad, nos salen al paso a todos nosotros cuando queremos reflexionar sobre los problemas morales: ciertas dudas profundamente desconcertantes sobre la propia posibilidad del pensamiento moral. Sin embargo, no requiere ningún conocimiento previo de filosofía. Tampoco pretende ser una introducción general a la filosofía moral y mucho menos a ninguna de las controversias actuales en ese campo. Aspira a ser una especie de mapa de los problemas —muchos de ellos eternos, otros claramente contemporáneos— que hoy en día se nos plantean a todos al hacer una clasificación de las cuestiones morales. Abarca el confuso territorio en el que uno se encuentra perdido incluso antes de abordar los temas principales. Pretende señalar posibles caminos para adentrarse en esas tierras baldías.

Naturalmente espero que sirva también como una «introducción a la filosofía» en el sentido de que descubra para algunos lectores tanto el carácter apasionante de las cuestiones filosóficas como la posibilidad de afrontarlas eficazmente. (Estoy convencida de que esa especie de fatalismo desesperado con que muchas veces se niega tal posibilidad es un gran error).

Aunque el libro no tiene ningún contenido técnico, analizo con toda libertad algunas perspectivas filosóficas de gran alcance que son esenciales para el tema que tratamos. Dado que participan de la estructura general que forma nuestro pensamiento, espero que muchos lectores consideren provechoso profundizar en ellas más adelante. Al modo de las redes de tuberías o de cables eléctricos, la filosofía sustenta la vida humana mucho más de lo que imaginamos; de hecho, no es otra cosa que el estudio de los amplios e inadvertidos patrones de pensamiento que la rigen. Descubrir un poco más de esos patrones puede ser muchas veces extraordinariamente útil.

El libro tiene una gran deuda con lo que me enseñaron a lo largo de muchos años mis estudiantes del departamento de Filosofía de la Universidad de Newcastle on Tyne; un departamento excelente que, como otros muchos, demasiados, se ha cerrado ahora para recortar gastos. Allí descubrí que aquellos estudiantes inteligentes y animosos, que mostraron un auténtico interés por la materia elegida, tuvieron que hacer frente no solo a su dificultad intrínseca, sino también a otros problemas que no parecían tan necesarios.

Esos problemas me interesaron enormemente y, al reflexionar sobre ellos a lo largo de los años, me di cuenta de su enorme extensión y comprendí su importancia. Algunos han despertado un gran interés filosófico en tiempos recientes, y no cabe duda de que la tradición académica ha empezado a ocuparse de ellos. Las ideas que encontramos ya en los últimos escritos de Wittgenstein resultan aquí de gran ayuda. Con todo, creo que estos temas requieren todavía una atención filosófica mucho mayor. Y dado que no resulta muy fácil leer a Wittgenstein, precisan desde luego una exposición mucho más divulgativa.

Quiero dar las gracias a mis colegas de Newcastle, especialmente a Judith Hughes y a Michael Bavidge, así como a muchos otros en distintas partes, entre los que destacan Timothy Sprigge y Brenda Almond por sus útiles consejos. Geoffrey y David Midgley me proporcionaron una gran ayuda. Pero, como ya he dicho, mi mayor deuda es con la larga sucesión de mis estudiantes. Sobre todo, debo mucho al estudiante (ahora anónimo) que hace ya tiempo me hizo la imprescindible observación con la que empiezo el primer capítulo.

## ¿ES POSIBLE BASAR LA LIBERTAD EN LA IGNORANCIA?

### *La paradoja*

*«¿Seguro que siempre está mal hacer juicios morales?».*

Es la declaración que cierta vez le oí hacer a una persona durante un debate sobre el deber de la tolerancia. Se pronunció apasionada y confiadamente, sin esperar cuestionamiento alguno, y no como un descubrimiento, sino como un lugar común de carácter moral, como una evidencia tal que basta con mencionarla para que todo el mundo la acepte. No era una excentricidad del conferenciante, puesto que se trata de una seguridad muy normal hoy en día. Hace ya algunos decenios se acuñó en inglés el adjetivo «*judgemental*», que podríamos traducir por «enjuiciador», «censurador» o «intolerante», empleado a la par que el ya ligeramente anticuado «moralista» para calificar y atacar lo que se considera una forma de incorrección política.

Pero cabría preguntarse: ¿es ese aserto un juicio moral en sí mismo? A primera vista, decir que algo está mal parece un juicio moral. En efecto, tales declaraciones se utilizan para expresar un enérgico desa-

cuerdo con las personas consideradas *culpables* de juzgar, para censurarlas, estigmatizarlas y convencerlas de que no lo repitan, así como para disuadir a otras de imitarlas. No cabe duda de que estamos ante los rasgos que caracterizan a los juicios morales.

Claro que la persona que se expresa así no siempre tiene la intención de hacer una declaración tan tajante; por «juicio moral» entiende algo más reducido y evidentemente negativo. Puede referirse a que no está bien meter las narices en asuntos ajenos o formarse opiniones radicales sobre cosas que uno desconoce, y no digamos expresarlas de un modo ofensivo. Si fuera solo eso, se trataría de una nueva forma de nombrar el comportamiento del metomentodo y el criticón. También sería posible que esa persona tuviera principalmente en la cabeza el hecho de que culpar induce siempre a castigar y que con el pretexto del castigo se han cometido crímenes espantosos en todas las épocas. Pero formular un juicio moral no es lo mismo que castigar. Si así fuera, se hablaría de castigo sin más.

Parece claro que no se trata de los significados más inocentes, pues en caso contrario no se habría inventado el término «*judgemental*» para atacar no solo la expresión impertinente de una opinión sobre los demás, o la posibilidad de un acto de venganza basado en ese parecer, sino la formación misma de la opinión; lo que se prohíbe es el hecho de *juzgar*, y no solo en la sala de un tribunal, donde se dictan las sentencias y el consiguiente castigo, sino también en la vida cotidiana. Las razones que se esgrimen para la prohibición afectan a nuestra capacidad de juicio, dado que se nos niega la posibilidad de juzgar las cuestiones morales incluso mentalmente.

De ahí que se hable ambiciosamente de «juicio», en detrimento de otras acusaciones más modestas como las tradicionales de venganza o chismorreos. La clásica crítica moral a la intromisión en la vida ajena sigue vigente, por descontado, pero ahora se ve respaldada por una nueva norma filosófica, según la cual no podemos saber nada de lo que se relaciona con la moral. Si eso es así, cuando se nos acusa de llevar a cabo un castigo vengativo, no se nos hace una objeción moral, sino una objeción lógica, surgida lisa y llanamente de la imposibilidad de juzgar la índole delictiva de un determinado hecho. Pero una objeción moral y

directa a un castigo brutal sería ni más ni menos que otro juicio moral y, si se produce la anulación general de todos los juicios morales, no podría sostenerse.

En tal caso, las cuestiones de tipo moral —como muchas veces se afirma— serían una opinión subjetiva o una cuestión de gustos. Según esta hipótesis, no podemos «imponernos» juicios unos a otros, igual que no podemos imponernos gustos en la ropa o en la comida. Es decir, que en sentido estricto los juicios morales no serían en absoluto juicios, y «formular juicios» en el terreno moral no solo estaría mal, sino que sería imposible. Vetar el juicio es como vetar la brujería: se nos prohíbe hacer una cosa que en realidad no puede hacerse.

### *Escepticismo altruista*

Teóricamente, el escepticismo actual sería sobre todo de este tipo. Existen dos clases de escepticismo. El escéptico puede formularse preguntas continuas o puede estar tan seguro de que no existen las respuestas que se limita a negarlo todo. Estos dos enfoques se conocen con los nombres de escepticismo inquisitivo y escepticismo dogmático. Centraré mi atención en el segundo. En numerosos debates contemporáneos sobre cuestiones de tipo moral en el terreno de las ciencias sociales se da por sentado que tales cuestiones carecen de sentido porque no existen respuestas racionales. Así, la baronesa Wootton, distinguida y caritativa penalista que niega la posibilidad de que exista una verdadera relación entre los conceptos de crimen y pecado, escribe:

¿Cabe la posibilidad de identificar en el mundo moderno un tipo de actos intrínsecamente malvados? Lord Devlin<sup>1</sup>, que ha vuelto sobre este tema en más de una ocasión, sostiene que aún es posible... pero a mi parecer la pretensión de resucitar la distinción legal entre lo que está mal en sí y lo que sencillamente está prohibido se ve condenada al fracaso. Para empezar, hay que decir que el verdadero delito es aquel que haría sentirse culpable al buen ciudadano es un razonamiento circular, pues ¿cómo definiríamos entonces al buen ciudadano en este contexto, sino como aquel

que se siente culpable cuando comete los delitos que lord Devlin calificaría de «verdaderos»?

Según esta forma de plantearlo, no existen ni los actos malos en sí mismos ni los ciudadanos buenos en sí mismos. Solo existe lo que lord Devlin u otro cualquiera piensa que es bueno o malo. Si afirmamos que las infracciones de aparcamiento no son delitos tan terribles como la violación, el asesinato o el maltrato infantil estaremos declarando unas preferencias personales imposibles de sostener sobre una base racional.

Por otra parte, cuando argumenta que el trato que hemos de dar a los infractores dependerá solo del efecto que puede producir en ellos y no del juicio sobre la gravedad del daño infligido, la baronesa Wootton escribe:

... aunque los pronósticos técnicos no tienen la fiabilidad que nos gustaría, al menos pueden someterse a unas pruebas objetivas que podrían proporcionarnos datos con los que cabe esperar razonablemente que esos pronósticos sean cada vez más fiables; en cambio, la validez de las evaluaciones morales a propósito de la maldad relativa de distintos actos delictivos no es más que materia de opinión y no puede someterse nunca a una prueba objetiva sobre la naturaleza del caso<sup>2</sup>.

### *Los problemas de la falsa universalidad*

Estas observaciones presentan unas características que encontramos repetidamente en otras del mismo tenor. La verdad es que apuntan solo a una aplicación bastante limitada a ciertos problemas concretos de la reforma penal; por otra parte, la postura moral que las inspira en lo referente a esos problemas es digna de admiración (como la mayoría debemos suponer), pero está expresada con un carácter talmente generalizador que, tomada al pie de la letra, contiene un mensaje mucho más amplio y más destructivo. Un mensaje de incredulidad radical en el sistema de valores existente, incluidos los conceptos de humanidad y de búsqueda del bien común, que, obviamente, son esenciales para la escritora.

Creo que la baronesa Wootton no se da cuenta de la importancia de tratar estos ideales como «materia de opinión» en el sentido normal de la expresión, es decir, una insignificante cuestión de gustos, un asunto verdaderamente dudoso. (Por ejemplo, si no estamos seguros de la importancia del bien común, será difícil que nos entreguemos a la tremenda incomodidad de hacer campaña por la reforma penal). Más adelante examinaremos cuáles pueden ser las consecuencias de calificar algo de «materia de opinión». No obstante, la intensidad de las críticas que dirige la baronesa al concepto de castigo retributivo —críticas sin duda tan morales como prudenciales— la lleva a emplear un lenguaje mucho más drástico de lo que sería necesario para expresar su pensamiento o para lo que ella querría decir a efectos prácticos.

Por ejemplo, si al asignar los castigos solo tuviéramos en cuenta su posible efecto en los castigados, sin referencia alguna al agravio cometido, no nos parece que hiciera falta esperar a que se cometiera el delito. Bastaría con someter a tratamiento a los individuos que consideráramos peligrosos para mejorar su conducta antes de que pudieran causar mal alguno. (Cosa que naturalmente podría afectarnos a todos, porque todos somos imperfectos y la mayoría tenemos la posibilidad de mejorar). Y puesto que el premio, igual que el castigo, se basa en principios retributivos, debería organizarse del mismo modo. Los honores y los privilegios no tendrían que repartirse entre aquellos que se los merecen, sino entre los seleccionados por responder mejor a los incentivos.

Esta engañosa apariencia de universalidad es corriente en tales discursos teóricos, pero quizá se presenta también en las manifestaciones menos formales y más cotidianas de escepticismo moral dogmático a las que ya estamos incluso más acostumbrados. A continuación expongo tres ejemplos tomados de una reciente novela policiaca de Phyllis D. James:

1) Hilary lleva tiempo reclamando de Alex un comportamiento que a ella le parece justificado:

Quando ella acabó de hablar, Alex dijo con calma:

—Eso suena a ultimátum.

—Yo no lo llamaría así.

—¿Cómo lo llamarías, entonces? ¿Chantaje?

—¿Después de lo que ha ocurrido entre nosotros? Yo lo llamaría justicia.

—Dejémoslo en ultimátum. Justicia es un concepto demasiado grande para esta relación nuestra.

2) Caroline presiona a Jonathan para que mienta a la policía y le facilite a ella la falsa coartada de un asesinato, pero Jonathan se niega. Despectivamente, ella renuncia a su petición.

—Está bien —dice—. Te pido demasiado. Conozco tus ideales de verdad, tu sinceridad y ese cristianismo tuyo de *boy-scout*. Te estoy pidiendo que sacrifiques la buena opinión que tienes de ti mismo, cosa que a nadie le gusta. Todos necesitamos autoestima...

3) En el tercer caso, Alice, la auténtica asesina (presentada como un personaje simpático aunque deteriorado), explica a su amiga Meg por qué ha matado. Meg protesta:

—Hilary Roberts no se merecía la muerte.

—No discuto que se la mereciera o no. No importa que fuera feliz o estéril o mejor para los demás que para ella misma. Lo que digo es que yo la quería muerta.

—Eso me parece tan perverso que me resulta inconcebible. Alice, has cometido un pecado terrible.

Alice se echa a reír con un sonido gutural, casi alegre, como si la alegría fuera genuina.

—Meg, nunca dejas de asombrarme. Utilizas palabras que ya no están en el vocabulario normal y, por lo que me dicen, ni siquiera en el vocabulario de la Iglesia. Para mí lo inconcebible es el significado de esa palabreja<sup>3</sup>.

La misma estratagema aparece una y otra vez en las conversaciones de esta novela (y en las de otras muchas) para significar que el idioma moral que hablan los restantes personajes resulta ajeno y ya no pertenece al «vocabulario normal»; idioma que el otro hablante, más sofisticado



do, encuentra absurdo, infantil, ingenuo y, lo que es más peligroso, pasado de moda. Como tememos que se rían de nosotros, muchas veces esta táctica consigue reducirnos al silencio tanto en la ficción como en la vida real. Pero eso no quiere decir que tenga sentido.

El sentido de la estratagema queda siempre prácticamente anulado por su contexto. De nuevo se trata de una falsa universalidad. Los personajes que así se expresan están tan dispuestos como cualesquiera otros a vivir gran parte de su vida conforme a los modelos establecidos, a formular juicios sobre los demás y a invocar la moral cuando esta se encuentra de su parte. Con todo, se sienten altruistas, lo cual no es un accidente, sino la consecuencia lógica de su deseo de parecer reformadores. Son «inmoralistas» en el sentido de que pretenden apoyar y defender actos normalmente tenidos por inmorales, pero el apoyo y la defensa son en sí mismos, y de un modo inevitable, una postura moral. No es posible burlarse de los principios ajenos sin contraponer los propios.

Nietzsche, que patentó el término «amoralismo», dedicó mucho tiempo a protestar contra los principios establecidos y a defender otros diferentes. Y también intentó, a veces muy seriamente, liberarse de toda noción de principio moral. Desde entonces se ha empleado el término «amoral» para ese tipo de posición radical. Una actitud que plantea numerosos problemas, muchos de los cuales ocuparán gran parte de este libro.

En la novela de Phyllis D. James, tanto Alex como Caroline son dos personas evidentemente hipócritas, que desprecian a los demás. Caroline, en especial, suele mostrar un desdén mezquino hacia las personas que, según ella, carecen de ciertos valores tradicionales, tales como el coraje y la sinceridad. Por otra parte, y al mismo tiempo, apela —con éxito— a la simpatía y el respeto que le profesa Jonathan para pedirle que mienta, cosa que él no podría hacer si aceptara el manifiesto amoral que ella misma acaba de pronunciar. De igual modo, el asesinato que comete Alice es altruista, según lo que le cuenta a Meg, e increíblemente moral. Tengo la impresión de que Phyllis D. James se toma estos manifiestos amorales muy en serio y desea que parezcan sinceros, por eso pinta a los personajes que los defienden como gente sincera y de

buenos principios. El problema está en que, de ser así, no es posible que quieran decir lo que dicen.

Tom Stoppard trata el tema con lucidez al final de su obra *Professional Foul*, en la que dos filósofos regresan en avión de un congreso de ética celebrado en Praga. McKendrick, el más joven, que ha expresado varias opiniones francamente amorales al tratar de la flexibilidad de los principios, se sorprende descubriendo que su quisquilloso compañero se las ha ingeniado para pasar algo prohibido en el aeropuerto.

McKENDRICK.—¿Qué era eso?

ANDERSON.—Una tesis. Al parecer, difamatoria para los gustos del Estado.

McKENDRICK.—¿Dónde la habías escondido?

ANDERSON.—En tu cartera. (*Pausa*).

McKENDRICK.—¿Cómo?

ANDERSON.—Anoche. Mucho me temo que he transgredido un principio.

(McKENDRICK abre su cartera y encuentra el sobre de HOLLAR. ANDERSON se lo quita de la mano. McKENDRICK está furioso).

McKENDRICK.—¡Serás desgraciado!

ANDERSON.—Creí que te parecería bien.

McKENDRICK.—No te hagas el listo. (*Se queda pasmado, tiembla*). ¡Cristo! Eso no es jugar limpio, ¿no te parece?

ANDERSON.—No, creo que no, pero era poco probable que te registraran a ti.

McKENDRICK.—¡Coño! Es que no se trata de eso.

ANDERSON.—Yo creí que sí. Pero puede que tengas razón. La ética es un negocio muy complicado. Por eso celebramos estos congresos<sup>4</sup>.

### *Los problemas de la postura extraterrestre*

La cuestión que abordo aquí no es baladí y no se limita a las incoherencias de unos personajes o unos autores en concreto. Se trata de la auténtica magnitud de la moral. Cuando se habla de la moral como de una opción, suele pensarse en un conjunto de restricciones —por lo general, sexua-

les— propias de un lugar, como un barrio que cabe abandonar o un cuerpo de leyes que podemos rechazar o pasar por alto, pero la realidad es que esa comunidad de principios e ideales es mucho más amplia, mucho más profunda y mucho más universal... tanto como el aire que respiramos. Ni siquiera puede compararse con un idioma que hemos decidido dejar de hablar, aunque esto en sí mismo sería ya traumático. Se parece más a la facultad de hablar —y de pensar— en un idioma cualquiera.

Descartar la moralidad equivaldría a salirnos de la atmósfera. Sería como perder el tejido social básico en el que vivimos y nos comunicamos con los demás, incluidos aquellos que crearon nuestra cultura en tiempos pasados. Si quisiéramos imaginar semejante estado de carencia, tendríamos que pensar en una situación de soledad cercana al autismo o a la depresión profunda; un estado en el que, si bien la inteligencia continúa funcionando, no existe sentido de comunidad con los otros, ni deseos compartidos, ni principios, ni aspiraciones o ideales, ni tampoco confianza mutua, amistad, conceptos afines o acuerdos sobre lo que tiene importancia.

La gente que a veces calificamos de amoral no se encuentra en esta situación extraterrestre; solo utiliza principios un poco distintos a los nuestros. Algunas veces la diferencia parece mayor de lo que es, debido a que la existencia de una atmósfera moral compartida es tan importante para nosotros que la menor diferencia —incluso una pequeña diferencia de matices— puede causarnos una fuerte impresión de extrañeza. En ciertas ocasiones es renovadora y hace posible el cambio y la evolución, pero en general nos alarma y produce en los dos bandos la impresión de que se encuentran separados por algo tan inmenso como la diferencia entre estar dentro de la moral o al margen de ella.

La acusación de falta de sentido que hace Alice suele utilizarse para expresar ese choque. «No puedo concebirlo», lamentamos, y al decirlo, como bien se sabe, no estamos pidiendo una explicación. Se trata de una crítica muy profunda y a veces de una declaración de guerra. Por consiguiente, los reformadores que privilegian la libertad individual suelen aceptar ese rechazo incrédulo, pagan con la misma moneda y se precian de estar donde se les dice: al margen de la moral. Pero esto no tiene por qué ser más cierto en su literalidad que otras muchas afirmaciones vehementes que surgen en pleno debate.



## EL PUNTO DE PARTIDA

### *Despleguemos el mapa*

Conviene establecer con claridad que el escepticismo moral, la incredulidad respecto a todos los juicios morales que estamos tratando aquí, no es una sola cosa, sino todo un conjunto de actitudes muy variadas. Si desarrollamos el concepto, veremos que se compone de numerosos elementos, entre ellos algunos de enorme valor. Resultaría muy difícil entenderlo como un todo único.

Tal vez parezca confuso abordar el asunto en este nivel cotidiano, empezando por las declaraciones extremas que oímos a diario, y señalar las contradicciones entre su significado aparente y la intención de quienes las pronuncian, pero he preferido este método porque en general resulta más fácil entender los problemas corrientes comenzando por sus expresiones más conocidas que por las fórmulas propias de los teóricos de la moral, más extrañas para nosotros y defendidas con mayor solidez. Por otro lado, lo imprescindible es comprender las ideas por las que nos regimos en la vida real.